



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© Del texto: 2025, Raquel Tirado

© De esta edición:

2026, Sanoma Educación, S. L. U.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana  
Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Educación, S. L. U.  
Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-84-9122-630-7

Depósito legal: M-94-2026

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: marzo de 2026



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Perdón  
por no ser  
Julieta

RAQUEL TIRADO

loqueleo



*Puedes buscar por tierra,  
puedes buscar por aire,  
que como yo te he querido  
no va a quererte nadie,  
no va a quererte nadie.*

*Santos que yo te pinte, LOS PLANETAS*



*A las amigas que se quedan.*



## **Primera parte**



# Cata

## Sixteen, Leiva

*Cosas que tienen que estar listas antes de que empiece la fiesta:*

- ~~Yo! Vestido, maquillaje, peluquería...~~
- ~~Globos.~~
- ~~Bolsas preparadas con cotillón (menuda gracia celebrar un cumpleaños en Nochevieja), muchísima purpurina...~~
- ~~Mis regalos (de papá y mamá) bien envueltos.~~
- ~~Los regalos para los invitados.~~
- ~~La mesa preparada, el mantel puesto.~~
- ~~El catering en su sitio.~~
- ~~El DJ.~~

¡La culpa de todo esto la tienen las películas de Disney Channel! ¿De dónde salen si no todas estas expectativas para la fiesta de mi decimosexto cumpleaños? Observo los globos, la purpurina y esos regalos chulísimos y tan bien envueltos que llenan el salón de casa. Todo quedará genial en las *stories* de Instagram, y mis amigas estarán encantadas de asistir al evento más exclusivo del año, pero la verdad es que no tiene tanta gracia cuan-

do lo has preparado todo tú. Incluyendo tus regalos de cumpleaños.

El reloj marca las cinco de la tarde, por lo que mis invitados no llegarán hasta dentro de un par de horas. A excepción de Jimena, que me ha mandado un mensaje diciendo que está de camino. León vendrá un poco después.

—¿Está todo a tu gusto? —pregunta Encarna, el ama de llaves.

—Sí, gracias. La comida tiene una pinta estupenda —comento, paseando alrededor de las mesas colocadas en la terraza interior.

Menos mal que le he dejado claro a todo el mundo que la fiesta será en la piscina, que por algo es climatizada. Aunque todavía no sé qué bikini ponerme...

Papá me ha mandado un mensaje hace un rato, deseando que me lo pase bien y pidiéndome disculpas por no estar en la fiesta. Ya es mala suerte haber nacido el 1 de enero: siempre coincide con las cenas que organizan mis padres con sus mejores clientes.

Cuando era pequeña, me llevaban con ellos ya fuese la cena en Madrid, Londres o Chicago. Pero nunca había gente de mi edad. Me aburría muchísimo y, a veces, juntaba un par de sillas del restaurante y me quedaba dormida antes de que dieran las doce. Luego comencé primaria, conocí a Jimena y empezamos a pasar tanto Nochevieja como mis cumpleaños juntas.

Primero celebraba estas fechas con sus padres y con ella, después solo con su padre y desde hace unos cinco años (¡madre mía!) también con su madrastra y her-

manastro. Este es el primer cumpleaños que pasamos «a solas» en mi casa, y no podría estar más emocionada.

Creo que la he invocado, el timbre acaba de sonar. Corro hacia la puerta y a punto estoy de caerme, porque había olvidado que llevo tacones.

Jimena me recibe con una sonrisa que le ocupa toda la cara, un vestido verde que escogimos juntas, un abrigo sintético del que se escapan mechones de su larga melena negra y unas gafas de sol gigantes porque, aunque estamos en diciembre, se ha tomado el concepto «fiesta en la piscina» al pie de la letra.

—¡Feliz no cumpleaños! —exclama mi mejor amiga cuando le abro la puerta, me envuelve en un abrazo y empieza a dar saltos a mi alrededor—. ¡Tía, qué bonito has dejado todo esto! Los farolillos, los globos... ¡Podrías dedicarte a la decoración de interiores!

—Los dieciséis no se cumplen todos los días, ¿no?... Y enseguida te va a tocar a ti —murmuro. A ninguna de las dos nos hace mucha gracia cumplir años.

Jimena me estrecha la mano y tira de mí hasta el interior de la casa.

—¡Pero hoy es tu día! —exclama—. ¿Cuándo llegarán las gemelas? ¿Y León?

—¿Tengo cara de agenda o qué pasa? Las gemelas vendrán sobre las ocho, y León ha dicho que estará en veinte minutos más o menos...

—De lujo. Oye, a todo esto, ¿jha venido el DJ Zeta? —pregunta cuando estamos ya en el salón, y echa un ojo a la terraza interior.

Mis padres contratan al mismo DJ en todas nuestras fiestas, y ya casi es parte de la familia.

—Pues claro, mis padres le han untado bien... ¿Y Ricardo y Alma? ¿Dónde pasan la Nochevieja?

—Se han ido a Andorra a esquiar, y Darío ha aprovechado para montar una fiesta en casa. Tía, desde que tiene novio, está de un rebelde...

Darío es su hermanastro desde hace cinco años, vamos, desde que su padre se casó con Alma. No hemos intercambiado más de dos frases en la vida, pero lo veo a menudo en su casa o incluso en el instituto, y me cae bien.

Jimena y yo estudiamos en el Minerva Gallardo, un instituto privado femenino que está justo al lado del Germán Otálora, el instituto masculino en el que estudian Darío y, también, mi primo Cayetano. Los institutos son como hermanos y alguna vez nos hemos mezclado para excursiones o cosas así.

Sé que, justo antes de las vacaciones de Navidad, Darío y mi primo tuvieron un conflicto y se difundieron algunos rumores sobre el pasado de Darío y su orientación sexual; no se habla de nada más en mi grupo de WhatsApp. ¡Lo que hace el aburrimiento!

—Pero ¿te quedas a dormir aquí? —le pregunto a Jimena.

—Sí, claro. Con Brianda y Mencía, ¿no? Noche de chicas. En casa al menos está mi perro y se asegurará de que los nuevos amigos no nos roben el Mercedes o se encierran en casa en plan okupa. —Pone los ojos en blanco—.

Es broma, es broma. Vamos a la terraza, ¿vale? Ya empiezo a tener hambre.

León me dijo que llegaría sobre las cinco y media, pero pasan de las seis y aún no ha aparecido. No me importa. Es el último día del año, así que es normal que tenga muchísimas cosas que hacer. Además, me gusta estar a solas con Jimena, aunque sea un par de horas. Hemos estado un rato hablando con el DJ y nos hemos hinchado a comer tostadas, de jamón ibérico y salmón (por separado) yo, y de hummus Jimena, que basa toda su personalidad en ser vegetariana. Ahora nos hemos tumbado en las hamacas frente a la piscina y mi mejor amiga me enseña, orgullosa, la *playlist* que ha preparado para el cumpleaños.

—No es por desprestigiar a nadie, Catalina —comenta, usando su privilegio de mejor amiga para llamarme por mi nombre completo y desviando la mirada al DJ que está en la mesa de mezclas—, pero he recopilado unos temas chulísimos. Y todos incluyen la palabra *dieciséis*.

Antes sonaba *Dieciséis añitos* de Dani Martín, que es una canción la mar de triste, y ahora ha salido un tema muy pegadizo en inglés.

—Que sí, que sí, aunque espero que me hayas preparado algún regalo más aparte de este.

—Me he traído a mí misma, ¿no te basta?

—Me sobra.

Estiro el cuello hacia atrás y me tapo un poco con una manta. Desde esta perspectiva, el naranja del atardecer

se funde con el verde del césped creando un color completamente nuevo.

Del teléfono de Jimena surge una voz rasgada y en español.

—¿Y esta?

—Se llama *Sixteen*, de Leiva. Es bastante turbia, la verdad.

—«Se me revuelven las tripas cuando te sueltas, palomita, y me extorsionas con tu dulce pubertad» —entono la letra.

—Menudo asco. «Puedo ser muy inmadura, pero me caigo y se te pone dura». ¡Para que luego digan que el reguetón es machista! ¡Pues anda que esto!

—Pero la melodía mola —comento.

—Una cosa no quita la otra. Venga, bailemos.

Así que le hago caso y dejo que tire de mi brazo y me haga girar como una peonza. Estamos envueltas en risas, en naranja, abrazadas.

«Méteme en líos, hazme ese favor y no lo dejes pendiente», sigue la canción mientras nosotras bailamos, bailamos y bailamos.

Entonces me parece que suena el timbre y después la puerta de casa se cierra de golpe. Suelto a Jimena, y cuando veo a León chillo de pura alegría y me encaramo a su cintura de un salto.

## Jimena

*Running Up That Hill (A Deal With God), Kate Bush*

Las horas pasan rápido entre bailes en la terraza y en el salón, conversaciones con Cata y León y el recibimiento de las gemelas. Me he pegado tal comilona de *sushi* vegano y tostadas de hummus que creo que el *catering* debería replantearse su estrategia de abastecimiento.

Papá y Alma han mandado una foto de las vistas desde su apartamento en Andorra, Darío ha respondido con una foto de la barbacoa que prepara en casa y yo he añadido un selfi mío, porque ninguna vista podría superar eso.

León, el novio de Cata, me cae genial, pero siempre termina monopolizando a mi amiga, así que me ha alegrado la llegada de Mencía y Brianda, que por lo menos me entretienen echándome las cartas del tarot mientras yo reposo el empacho.

Bueno, Brianda echa las cartas y su hermana Mencía se queja cada dos por tres diciendo que los horóscopos, el tarot y toda la pesca son una absurdez medieval que no entiende por qué se ha puesto de moda.

Brianda observa las cartas tendidas en la hamaca mientras chuperretea un mechón de su larga melena rubio cenizo. Según ella, las cartas definen mi situación actual.

—La muerte, el sol y el carro. ¡Esto es bueno, tía! —exclama Brianda.

—Pero ¿cómo va a ser bueno? Me ha salido la muerte.

—Ya, pero lo que importa es el orden, y además la muerte no tiene por qué ser mala, solo significa que vas a experimentar un cambio. Y el sol y el carro dicen que será positivo, porque tomarás las riendas de tu vida, aunque sufras un *shock* inicial, ¿entiendes?

—Vale, vale. Si no tengo un año estupendo, te haces cargo.

Brianda se aparta el pelo de la cara y recoge las cartas para barajarlas de nuevo con la calma y el cuidado de quien ensaya un ritual.

Entonces, Mencía me agarra la mano y me mira fijamente con sus ojazos azules. Después, dice:

—Esto es una chorrada, Jimena, déjame que te lea la mano y vea tu futuro. Mira, todas estas líneas indican que heredarás el imperio de tu padre y serás muy muy rica, y esto... —Mantiene su cara de concentración mientras me lanza un escupitajo justo en la palma—. ¿Ves? ¡Esta será la piscina que tendrás en tu casa cuando seas mayor! ¡Será más grande que la de Cata!

—Pero ¡qué asco! —grito, sin dar crédito a lo que acaba de pasar.

Mencía estalla en carcajadas mientras su hermana la observa con desaprobación y una sonrisa mal disimulada.

Yo me tiro sobre Mencía, alargando la mano contra su brazo para limpiarme en ella.

Creo que este numerito sirve muy bien para presentarlas a las dos. Físicamente, las gemelas son un par de gotas de agua: ambas miden poco más de metro y medio, tienen las caderas anchas, el cuerpo regordete, la nariz respingona, los ojos azules y siempre despiertos, el cabello rubio cenizo y largo, aunque Mencía también lleva flequillo, enmarcando los rostros más bonitos y angelicales que he visto nunca. En cuanto a la personalidad, son más bien diferentes: Brianda es la que trae las cartas de tarot plastificadas a una fiesta en la piscina, y Mencía, la que te escupe en la mano para hacerte reír. ¡Y después, encima, se enfada cuando tú la persigues para cobrar la venganza!

—¡Para! —intenta defenderse.

Yo casi me quedo sin aire de tanto reírme...

Entonces, León y Cata, que habían desaparecido en el interior de la casa, vuelven a la terraza. Cata lleva una copa de vino en la mano y un vestido oscuro que destaca el rojo de su pelo. Así parece mucho mayor que yo. León nos está mirando, con una pequeña sonrisa. Debe pensar que somos unas niñatas, persiguiéndonos llenas de saliva. No sé por qué, pero eso me hace sentir muy fuera de lugar.

—Vamos a abrir los regalos —anuncia Catalina la Grande con solemnidad.

—Pues yo no pienso darte nada antes de tu cumpleaños —siséo.

—Mejor, así dura más la fiesta. Abrimos los de mis padres y ya. ¿Quieres?

Cojo la copa de vino blanco que mi amiga me ofrece y observo las burbujas que estallan en la bebida. Después, doy un trago y dejo que el calor me invada la garganta.

Cata se ha comprado los regalos de cumpleaños a sí misma, con el dinero de sus padres, pero de no saberlo no lo habría adivinado. Su cara de sorpresa es total cuando desenvelve el primer paquete, abre una caja de Prada y saca unas botas militares de color negro, con una plataforma interminable, altas y con bolsillos con correas a su alrededor.

—Qué pasada —dice Brianda, boquiabierta.

—Son aún más bonitas en persona. —Suspiro, porque las elegimos juntas en internet.

—¿Vas a volver a tu era gótica? —pregunta León, alzando las cejas.

—¡Prueba a buscar el nombre de las botas en Google, León! ¡Ninguna gótica media podría pagarlas! —dice Brianda, aún alucinando. Y es que estas botas cuestan 4.000 euros por lo menos.

Cata y yo descubrimos por experiencia propia que, si quieres ser gótica y vestir bien, te va a costar un ojo de la cara. No nos era rentable ni a nosotras.

—¿Y qué si vuelvo a mi era gótica? —responde mi amiga, sonriendo—. Estas son perfectas para pisarte la cara, guapo.

—¿Os va ese rollo? —pregunta Mencía, riéndose.

León tarda un poco en entender el comentario y después también se ríe, mientras yo le doy un codazo a mi amiga.

La (no) cumpleañera abre el segundo regalo, que viene en una cajita mucho más pequeña.

—¿C de *Cata*? —pregunta León, observando el colgante de oro con la letra que cuelga en el centro.

—¡Claro! Aunque mejor te la tendrías que poner tú, para que todo el mundo sepa quién es tu dueña... ¡Es broma! Me he dejado llevar. —Le da un beso a su novio en la mejilla—. Venga. ¿Me lo pones?

León besa a Cata en la mejilla también y después acerca las manos a su cuello para ponerle el colgante, haciéndose un lío mientras intenta recoger toda su melena pelirroja. El colgante es precioso y reluce en contraste con la piel pálida de mi amiga. Cata grita de emoción y después sale corriendo para volver con una cesta llena de cámaras Polaroid, de estas que imprimen la foto al momento.

—Una para cada una, para hacer fotos esta noche —explica.

Nos hacemos unas cuantas fotografías: todos juntos, solas las gemelas, Cata y yo, Cata con sus botas de Prada... Yo sigo haciendo fotos cuando Mencía, Brianda y Cata suben las escaleras hasta el piso de arriba para ponerse el bikini, que yo ya llevo, y poder continuar con la fiesta en la piscina.

—Pues nos han dejado solos —dice León, aprovechando para hacerme una foto con su cámara.

Yo poso un poco, sacándole la lengua y con la copa de vino en la mano. Aprovecho y le hago fotos a él también, que intenta poner morritos y fracasa de un modo adorable.

—¿Te apetece que las esperemos en la piscina? —pregunto, tapada con una toalla y con la copa en la mano.

—Claro.

Antes, él se sirve un cubata.

Lleva puesto un bañador de color azul de Lacoste,  
24 chanclas y una camiseta blanca de Hollister. Siendo objetiva, es guapísimo. Tiene el cabello de un color intermedio entre rubio y miel, ondulado y largo por encima de los hombros. Las cejas frondosas enmarcan unos ojos grises, y el puente de la nariz se inclina hacia arriba como un tobogán.

—¿De qué te ríes? —pregunta León, porque resulta que me estoy riendo y hasta hipando entre carcajadas.

—De tu nariz —confieso—. Es que parece un tobogán, ¿sabes? Y ahora me estoy imaginando a una persona diminuta deslizándose por ella, tipo *Los viajes de Gulliver*, y, claro, pues me entra la risa.

—Es el piropo más raro que me han hecho nunca... Porque es un piropo, ¿no?

—Claro que es un piropo —respondo rápidamente.

—Más te vale... —León me hace un gesto con la cabeza—. Venga, vamos a la piscina.

Cata tenía catorce años y él dieciséis al conocerse. Cuando empezaron a salir, mi mejor amiga y yo no nos lo podíamos creer. León era mayor, guapo, popular,

y tenía una sonrisa encantadora. A Cata le costó asimilar que se hubiera fijado en una chica como ella. Ahora que llevan casi dos años juntos, ya nos hemos acostumbrado y no debería sorprendernos que se quede a nuestro lado en días como este. Pero nos sigue sorprendiendo, claro. Es que es muy fuerte que esté bañándose en la piscina con alguien como León, ¡encima, en Nochevieja!

Desde nuestra ubicación, escuché las risas de Cata y de las gemelas en el piso de arriba, pero me siento un poco ajena a ellas.

—¿Qué le has comprado a Cata? —me pregunta León entonces, cuando ambos estamos dentro del agua, uno al lado del otro—. Para su cumpleaños, quiero decir.

León tiene la voz profunda y suave al mismo tiempo, como una caricia.

—Es un secreto.

—Venga, si tú lo dices, yo lo digo. —León alza las cejas, haciéndose el interesante. Despues aprovecha para darle un nuevo trago a su cubata, que ha apoyado cerca de la piscina.

—Pero tú me lo tienes que decir primero —digo, señalando mi oído.

León toma mi invitación en un sentido literal porque se acerca, y su voz directa a mi oído hace que los vellos se me pongan de punta.

—Un anillo...

—Espero que no le pidas matrimonio. —Río y me separo de él, recuperando espacio.

—¿Crees que diría que no? —inquiere León, otra vez con esa voz que no habla, sino susurra.

—No. Creo que diría que sí y que tendríamos un problema.

Ahora es León el que ríe, y de pronto su cuerpo vuelve a estar cerca y su mano derecha está en mi espalda y roza las puntas de mi cabello.

—No te preocupes, no te voy a robar a tu mejor amiga.

—Esboza una sonrisa.

26

¿Cómo puede hablar con tanta tranquilidad cuando está tan cerca de mí?

Porque está muy cerca.

Nuestras piernas se rozan y su mano derecha sigue en mi espalda mientras la izquierda me acaricia el vientre.

Quiero decirle que se aparte, pero no quiero que se sienta mal porque, desde luego, me estoy confundiendo.

—Más te vale —repito las palabras que él ha dicho antes. Le sigo el juego en vez de decir lo que pienso.

La mano que tenía en mi espalda asciende hasta llegar a mi cabeza, que impulsa hacia delante para acercarla a él con suavidad. Mi cuerpo entero está rígido; mis brazos, caídos y quietos a los lados. Con la otra mano, sigue acariciando mi estómago, dibujando el contorno de las formas de mi cuerpo, de estas dunas que suben y bajan, tocando mi ombligo.

León se ríe, así que yo lo hago también, por pura inercia. La mano que tiene en mi vientre empieza a bajar.

Y a bajar.

Y a bajar, hasta introducirse en la parte inferior de mi bikini, haciendo que la tela ceda un poco.

*Jimena, reacciona.*

Sus dedos acarician los pelos de mi pubis.

No me he depilado. Eso es lo primero en lo que pienso. Me imagino mis pelos largos, oscuros y rizados, y me siento muy niña, muy poco preparada y muy mal hecha.

¿Tendría que haberme depilado?

¿Qué hago haciéndome esta pregunta?

¿Qué demonios está pasando?

*Jimena.*

Los dedos de León se introducen en mi vagina y mi cuerpo entero se estremece. Él mueve los dedos, explorando, mientras acerca su cara a la mía con la intención de... ¿darme un beso?

Que pare, que pare, que pare. No consigo moverme.

*Joder, muévete.*

*Jimena, reacciona.*

Muevo las piernas, pataleo en el agua y logro apartar a León dándole un golpe en el pecho. No espero ni a ver su cara de sorpresa. Cuando tengo el espacio suficiente, me impulso con los brazos y salgo de la piscina. Sigo sin mirarlo. Recojo la toalla que ha quedado tirada en el suelo, trato de colocarme bien la parte de abajo del bikini, agarro mi teléfono móvil y desaparezco.